

CAPÍTULO TERCERO

LA CONVERSIÓN

“Cuando me dejó impresionar por la consideración de la vida monstruosa que he llevado en el mundo, por la eternidad de Dios ... , por aquel instante terrible que debe abrirme sus puertas, todo me parece tan desproporcionado respecto a cuanto la severidad de su juicio exigirá de mí, que, si existieran tebaidas o monasterios de penitentes, iría allá sin dudar un momento”. Este trozo de una carta suya a Pierre Nicole es muy significativo, no sólo porque nos atestigua su estado de ánimo en el momento en que se prepara penosamente a vivir la transformación más profunda de su vida, sino también porque nos deja entender que él conocía bastante poco los monasterios, o mejor, conocía de oídas la vida que se hacía en los monasterios de la Francia de su tiempo, y no pensaba que allí se podría hacer penitencia. En general, de hecho, el tenor de vida era bastante poco edificante.

¡Si hubiera monasterios de penitentes! Ciertamente, no se imaginaba en aquel momento, ni de lejos, cuál había de ser su obra de reformador. Quizá este deseo oculto era el que iba a guiar inconscientemente sus pasos hasta la Trapa. Pero no adelantemos etapas.

En este crucial 1657, hemos dejado a Rancé al borde de la locura, después de la muerte inesperada de la mujer amada. Bien podemos decir que se convirtió, en el sentido de que abandonó inesperadamente la vida mundana, rehusó ambiciones y lujo, y comenzó a tomar en consideración el sentido espiritual de su vida.

Lentamente se fue haciendo camino en él el deseo de abrir su corazón a Dios, y, no sabiendo dónde ir, se recluyó en su castillo de Véretz, y comenzó a hacer una vida muy austera y solitaria. Se aplicó a la lectura de libros de gran espiritualidad: *La Imitación de Cristo*, con toda seguridad, y, después, las *Confesiones* de S. Agustín. Sobre todo estas últimas le ayudaron a entrar en sí mismo y a meditar en su pasado. Sintió nacer en él una nueva vida, nuevas capacidades que nunca había conocido: “Me sentí impresionado por ello y mis ojos se abrieron; me dejé llevar por ese movimiento que me empujaba, y decidí, a partir de aquel momento, entregarme a Dios, tan de lleno como antes me había dado al mundo”.

Se puso a redactar pacientemente un elenco cuidadoso de los peligros graves que había corrido durante los treinta años de su vida, y de los que la protección divina le había librado.

Leyendo aquel largo y meticuloso elenco, uno queda pensativo, conmovido. La transformación de su corazón era verdaderamente profunda. Ahora percibía con claridad el camino providencial que la misericordia divina había abierto ante sus pasos para conducirlo a lugares de salvación.

Dejamos constancia, casi como inciso, que, en este elenco, las aventuras a caballo son, con mucho, lo que más reprueba de su pasión por este género de pasatiempo.

Trece veces estuvo a punto de morir y perderse para siempre. Junto a éstos, tornaban a su memoria los recuerdos de los consejos que con gran prudencia le habían dado, en los años de su despreocupación, los que querían hacerlo mejor. Le parecía oír otra vez al buen obispo de Châlons, monseñor Vialart, que le repetía las mismas palabras que le había dicho el año de la muerte de su padre: “Monseñor, ¿no podría hacer otra cosa mejor? ... Estoy seguro de que su corazón le reprueba a menudo lo poco que hace por Dios, después de todo lo que Él ha hecho por vos... Si alguno hubiera hecho la centésima parte de las cosas de las cuales vos sois deudor a la bondad de Dios, tal como le conozco, se habría deshecho por Él”.

Recordaba ciertas afirmaciones suyas, proferidas durante una discusión justamente al comienzo de la primavera, en el mismo castillo de Véretz.

Se hablaba de los que tenían gran número de beneficios, y sus amigos, quizá en atención a él, afirmaban que aquel uso era legítimo; de hecho, lo legitimaban los numerosos ejemplos existentes y las dispensas concedidas para ejercitarlo. Así, con la animosidad que le era

habitual, había exclamado: “Las dispensas son legítimas sólo si hay motivos legítimos para pedir las⁵”. Sus mismas palabras lo traicionaban, pero entonces no había puesto atención en ello. Ahora no podía ya desenvolverse solo, entre tantos recuerdos y tantos remordimientos. Se decidió a pedir ayuda, y le vino a la mente una persona de quien conservaba buen recuerdo desde los tiempos en que era capellán de Gastón de Orleans, la reverenda madre Louise-Françoise, religiosa de la Visitación de Tours, que había sido Louise Testu Le Rogier della Marbellière, la famosa *Louison*, amante de Gastón, de la que había tenido un hijo, el conde de Charny. Fue precisamente Chavigny, primo de Rancé, el que había orquestado la cuestión⁶.

Louise era hija del lugarteniente de prisiones. En 1637, a la edad de veintiún años conoció a Gastón de Orléans, que se prendó de su belleza morena. Al año siguiente fue oficialmente reconocida como amante de Gastón, y lo acompañó a París, donde fue homenajeadada por todas partes. No todo fueron parabienes. En la Pascua de 1639, Gastón se enteró de que Louise lo engañaba con uno de su corte. Louise confesó; el hombre fue rechazado; los dos amantes se reconciliaron, y en enero siguiente les nació un niño. Al mismo tiempo, Louise, bajo la influencia del confesor de Gastón, padre Condren, que sería más tarde general de los oratorianos, comenzó a sentir un temor saludable, y, en agosto, aunque estaba esperando otro hijo, expresó el deseo de hacerse religiosa. En noviembre, Gastón se había cansado de ella, y el pequeño no reconoció nunca a sus padres. De hecho, fue adoptado por la hija de Gastón, la Grande Mademoiselle, que le dio uno de sus títulos nobiliarios, el de conde de Charny. Luego llegó a ser un valiente hombre de armas⁷.

Louise, mientras tanto, persistió en su propósito y, en mayo de 1640, entró efectivamente en la Visitación de Tours, donde profesó en 1644. Probablemente, como se usaba por aquel entonces, fue admitida a la toma de hábito después de un conveniente período de penitencia.

No se sabe con seguridad cuándo la conoció Rancé personalmente. Era demasiado joven cuando Louise vivía en la corte. La fama de esta mujer excepcional debió impresionarle, pues la eligió como principal confidente de su conversión. El arzobispo de Tours, tío de Rancé, había introducido la Orden de la Visitación en la diócesis, y en el monasterio vivía la tía de Rancé, madame Bouthillier, como superiora. Los consejos que estas dos mujeres supieron darle fueron determinantes.

En esta su crisis espiritual, madre Louise sugirió a Rancé que siguiera los consejos de su propio confesor, también él converso, el padre Séguenot, oratoriano. Éste era un santo varón, que había elegido voluntariamente la vida de humildad y la sencillez. El buen padre escuchó muy atentamente, sin duda, a su nuevo penitente, que le manifestaba el deseo de dedicarse todo a Dios, tanto como se había dado al mundo. Naturalmente, no podía permanecer insensible ante tanta franqueza humilde y categórica. Así pues, le aconsejó hacer en Véretz una vida muy recogida. Al no darse cuenta de tanto como Rancé había pertenecido al mundo, y, por consiguiente, no calculando suficientemente el ardor de la conversión que lo devoraba, le pareció suficiente aconsejarle que retuviera para sí un solo beneficio y distribuyera cada año a los pobres la mayor parte de sus rentas. Este consejo le pareció pobre, insuficiente y peligroso al nuevo converso. Él quería venderlo todo, y repartir entre los pobres todo lo recabado: “No es para mí algo facultativo, decía, es un imperativo. Esta cantidad es demasiado poco para restituir a Dios, en la persona de los pobres, todo lo que injustamente les ha sido quitado, por el abuso criminal que mi padre y yo hemos hecho con la renta de mis beneficios⁸”.

Esta generosidad extrema no desagradó, naturalmente, al director de Rancé, pero él quiso someterla a la prueba de la perseverancia. Así, la primera virtud que Rancé tuvo que aprender fue la paciencia, lo que, por cierto, no fue muy fácil para un hombre habituado a tenerlo todo y al instante.

El padre Séguenot probó la paciencia de su penitente, obligándole a esperar por largo tiempo la absolución que le permitiría celebrar la Misa, lo que siempre había querido llevar a efecto. Aún tuvo que permanecer recluido en Véretz bastante tiempo, y dedicarse, sin prisa y con fiel perseverancia, a la oración, a la meditación de la Sagrada Escritura y de los padres de *los desiertos*, como se decía entonces. Le hizo compañía la traducción de monseñor de Andilly, editada hacía poco.

De vez en cuando, se le unían algunos amigos, y en el castillo de Véretz, improvisamente transformado en convento, Rancé estableció un estilo de vida peculiar, y reguló las horas del oficio divino, de la oración mental, del trabajo manual, de la lectura, del sueño, muy breve, como la frugalidad de las comidas. Este género de vida era, ciertamente, muy duro, y, por ejemplo, el abad Têtu, que quiso compartirlo durante algunas semanas, hacia finales de 1658, no logró aguantarlo. Rancé no sabía poner límites a su generosidad, y multiplicaba la austeridad y las limosnas. El padre Séguenot tuvo que prohibirle que se desprendiera de su equipaje de carroza y caballos.

Quizá para poner fin a las habladurías que circulaban por París respecto de él, respondió afirmativamente a la invitación de su hermana, la condesa de Albon, y, empujado también por el padre Séguenot, retornó a París en el verano de 1657. Se dirigió a la Institución⁹ recientemente fundada por Nicolás Pinette, que durante tiempo atrás había sido tesorero de Gastón. Conoció al padre Bouchard, hizo con él la confesión general, y también la hizo a Monchy, que en lo sucesivo sería su director espiritual y gran amigo. Con su aprobación y la sugerencia de su tía, Rancé fue a encontrarse con otro viejo amigo de Gastón, Arnauld de Andilly¹⁰, a quien habían autorizado retirarse a Port-Royal, como solitario.

Estaba buscando su senda y, no obstante tantas sugerencias, no se veía atraído por ninguna Orden o Instituto religioso de vida activa. Port-Royal lo atrajo, quizá, por poco tiempo. Monsieur d'Andilly, aquel avispado viejecito, coquetón, de pluma fácil, solemne y galante con las señoras, sin mucho convencimiento trataba de mostrar al mundo el lado sonriente de Port-Royal. No sabemos cómo acogió a Rancé, pero debió ser con él muy convincente, pues, a partir de enero siguiente, se entabló entre ellos una correspondencia en la que, sorprendentemente, encontramos las mismas formas afables y desenvueltas a las que Rancé había renunciado tan radicalmente. Al inicio de la cuaresma de 1658, nuevo viaje a Port-Royal. La conquista se había realizado, y él se convertía en un verdadero discípulo de monsieur d'Andilly. Sus cartas de este tiempo están rebosantes de agradecimiento por la regla de vida que había recibido; se sujeta dócilmente a los consejos, a las órdenes, y a las correcciones a las que el autoritario maestro le somete.

Sin embargo, poco a poco se fueron enfriando los lazos con Port-Royal, y, antes que el maestro se diera cuenta, el discípulo ya había ido en busca de otro camino. Rancé, como hemos dicho más arriba, no se sentía aún llamado a un especial estilo de vida, y, ahora, no era defensor del jansenismo, aunque en sus años de la Sorbona hubiera defendido a Arnauld. Recordemos que, en septiembre de 1656, había firmado el Formulario¹¹ sin ninguna dificultad. En lo sucesivo veremos con más detalles su postura con relación al jansenismo, del cual dirá: “... entre los verdaderos jansenistas no hay ni caridad, ni paz, ni sumisión. No hay, en absoluto, verdad, ni buena fe en lo que se refiere a la doctrina; sino mucha arrogancia, aspereza y deseo de dominio en su conducta ...”¹²

El camino de Port-Royal, por el que Rancé había entrado con poco entusiasmo, pero con muy buena voluntad y paciencia, sencillamente no era el suyo.

Para los años sucesivos, hasta el comienzo de 1661, cerca de cincuenta cartas dirigidas a d'Andilly, y otras treinta a la madre Louise, nos permiten formar una visión completa de su evolución.

Llegados a este punto, nos permitimos una breve digresión, digamos “histórica”, con la que podamos encuadrar mejor la situación cultural y religiosa de la Francia donde nuestro Rancé vivió su conversión.

LA EVOLUCIÓN ESPIRITUAL DEL SIGLO XVII

El siglo XVII, como hemos insinuado antes, se había iniciado en un momento especialmente propicio en el campo político-religioso. Pero, si se ahonda más en él, resulta claro que algo no funcionaba. Sin duda que no faltaban ejemplos de santidad, fervor en las iniciativas, trama de vínculos políticos para alcanzar la paz. Pero, a pesar de todo, no se puede dejar de constatar que la religión se convirtió, con mucha frecuencia, en un elemento fastuoso y superficial, decorativo y poco vivido interiormente y con coherencia. Sus enseñanzas fueron aceptadas, es cierto, pero a menudo no se practicaban, ni siquiera dentro de los límites que permite la debilidad humana.

Hoy son más apreciadas por nosotros otras formas históricas de cristiandad, porque nos resultan más sencillas, espontáneas, heroicas; mientras que nos deja indiferentes el formalismo del siglo XVII. Los acontecimientos políticos, fundamentales en la configuración de los estados europeos, la merma del poder temporal del Papa y su correspondiente dependencia o resistencia ante el poder temporal de los estados nacientes, sobre todo de Francia, sin duda tuvieron una importancia determinante en aquella exteriorización de la práctica religiosa, como ya hemos indicado.

Lo que interesa en este momento es ver la evolución espiritual, provocada por los graves sucesos que, en el campo doctrinal, ocuparon los últimos decenios del siglo XVI; en primer lugar, la controversia entre las principales escuelas teológicas sobre el problema de la “gracia”, y las discordias que de ella derivaron entre los católicos¹³.

Por el contrario, iba surgiendo al mismo tiempo cierta hostilidad difusa hacia las sutilezas teológicas, y en general hacia el mundo de la razón. De aquí derivó un verdadero y auténtico retraso con respecto a la gran tradición cultural y teológica del siglo XVI.

Los predicadores populares, que recorrían caminos y campos para reevangelizar Europa, se fijaban más en los aspectos piadosos que en la razón, más aún, manifestaban abiertamente un gran menosprecio de la razón de los poderosos y de los sabios, e insistían casi exclusivamente sobre la fuerza del sentimiento. Daban gran realce al fondo de religiosidad que cada alma lleva dentro. En su mayor parte, estos predicadores eran franciscanos, para los cuales, las más hermosas páginas de teología no valían lo que una sola devoción a las llagas de Cristo. Italia y Francia experimentaron una rapidísima evolución espiritual, que vio cómo a la época de la contrarreforma sucedía la época del barroco.

La contrarreforma había aparecido comprometida en un colosal esfuerzo de revitalización de las estructuras eclesiásticas y de clarificación teológica. En cambio, la época barroca adquirió un aspecto muy peculiar: apuntaba a la recuperación del hombre en cuanto individuo; pretendía la rehabilitación del hombre religioso. Triunfaba en la predicación, lo mismo que en las obras espirituales y en las devociones populares, como la adoración al Santísimo Sacramento y la compasión por el Cristo doliente. La religión era presentada como sublime compromiso de amor, o incluso como aventura ascética y mística. Como bien sabemos, se multiplicaron de forma sorprendente las experiencias místicas, que, en ocasiones, alcanzaron altura inimaginable.

En Francia, la situación se hizo muy grave, bajo apariencia de tranquilidad. Después de cuarenta años de guerra civil, durante la tranquila permisividad concedida por Enrique IV, el mundo eclesiástico ofrecía de sí mismo un espectáculo desolador¹⁴.

La mayor parte de los prelados eran ignorantes y relajados; los sacerdotes, peseteros y zafios; el número de los que no sabían ni siquiera celebrar la misa o predicar era innumerable. La deshonestidad, la embriaguez y el satanismo marcaban su estilo de vida. Esta situación anómala atrajo al mundo eclesiástico el desprecio del pueblo.

Por eso, en los veinte primeros años del siglo XVII, mientras los prelados y eclesiásticos se encontraban en esta decadencia espantosa, iba apareciendo con gran fuerza el ascendiente de las Órdenes religiosas: en particular, los capuchinos, por su pobreza y misticismo; los cartujos, por la severidad de su regla, centrada en la riqueza del silencio, la soledad y el culto sagrado; los jesuitas, por sus criterios educativos. Al concentrarse la piedad de los fieles en torno a los monasterios y a los conventos, se difundió una fervorosa e intensa religiosidad de tipo específicamente monástica. A raíz de la traducción de la *Vida* de Santa Teresa a lengua francesa, publicada en 1601, la difusión de la espiritualidad carmelitana no tuvo límites; todos querían vivirla. Bérulle¹⁵ llevó a Francia, en 1604, a siete religiosas carmelitas; en 1610 ya habían surgido ocho monasterios, y en 1630 eran cuarenta y seis.

Muy pronto se propagó entre el clero un fuerte deseo de recuperación. El causante de esta transformación fue también un hombre excepcional: Pedro de Bérulle. Por su esfuerzo nació en 1611 el Oratorio, a ejemplo de S. Felipe Neri. Precisamente por obra de esta institución, poco a poco, se acomodó a los módulos de la espiritualidad monástica un modelo de espiritualidad sacerdotal, y enseguida se vio que la dignidad del sacerdocio era superior a cualquier añadido y a cualquier voto monástico.

Fueron también los sacerdotes de “La Mission” los que trabajaron por la rehabilitación de clero. San Vicente de Paula fue la figura más extraordinaria. Con él colaboró el P. Condren, sutil escritor de obras espirituales¹⁶.

Otra figura de extraordinaria importancia fue el obispo de Ginebra, S. Francisco de Sales, excepcional maestro de espiritualidad. No nombramos a otros ilustres personajes, para no alargarnos demasiado, por lo demás suficientemente conocidos.

Sólo añadimos que estos grandes y santos autores nombrados, todos fueron antiescolásticos. Ellos, en general, invitaron a abandonar la presuntuosa filosofía de actualidad, para redescubrir la verdadera piedad cristiana. Añadimos que, sobre todo Bérulle y Condren, manifestaron claras simpatías agustinianas.

Hacemos la observación de que, mientras la dignidad sacerdotal emergía de la profunda oscuridad en que se había sumergido durante los primeros decenios del siglo XVII, los sacerdotes diocesanos recuperaban sus derechos pastorales, y procuraban echar a los *regulares*, es decir, los pertenecientes a Institutos y Órdenes religiosas. Comenzaron a lanzar contra los *regulares* la acusación de que eran “ultramontanos”, esto es, dependientes de los esquemas de la curia romana. Poco a poco, la cuestión tomó matices patrióticos, y las órdenes religiosas vieron cómo el parlamento con frecuencia les negaba permiso para la apertura de nuevas casas. Esta hostilidad, unida a la dificultad de reformar una gran parte de las Órdenes antiguas, y a los efectos deletéreos de la “commende”, marcaron negativamente la vida de las Órdenes monásticas. A la enemistad entre diocesanos y regulares se añadió el conflicto de los sacerdotes del Oratorio con los jesuitas y carmelitas, conflicto que se convirtió en una realidad endémica.

Estas luchas y polémicas fueron, en cierto modo, un vehículo providencial de intereses entre toda la sociedad francesa, y, contribuyendo a conocer las verdaderas escuelas de espiritualidad, propiciaron su gran difusión.

Los puntos de encuentro, las encrucijadas donde se intercambiaban las últimas noticias, donde se fraguaba la fortuna o la desgracia de quienes osaban de alguna forma ponerse en evidencia, eran los salones de las casas elegantes y aristocráticas. Allí se discutían los problemas relativos a la “gracia”, a la salvación, las diferencias entre los sacerdotes y los religiosos, los amores de los ilustres personajes, las intrigas políticas. Francia estaba dominada

por el ingenioso chismorreo de los salones. Política, cultura, devoción, venían controladas por el gusto dominante de estos ambientes, en los cuales se iba refinando la inteligencia penetrante, típica del alma francesa. En los salones se discutía del todo, porque allí se juntaban todas las categorías de personas, sin excluir la de los religiosos; pues, en efecto, muchos de aquellos salones estaban dominados por alguna figura célebre de sacerdote o de monje¹⁷.

Piénsese en la influencia de Saint-Cyran, el gran defensor de Jansenio en el clamor de la controversia sobre la comunión frecuente, que alentó a Arnauld a escribir *De fréquante communion*, el libro más leído de aquel siglo.

En los salones se formaba la opinión pública, en la que estaban interesados los profesores de la Sorbona, los miembros del parlamento, los párrocos y los confesores. Se enriquecía también la lengua, y se robustecía el sentimiento nacionalista. El jansenismo tomó tintes cada vez más galicanos, y el galicanismo se hizo cada vez más totalizador. Así se fue formando la fuerte oposición al dogmatismo romano, al indiscutible absolutismo de la autoridad pontificia¹⁸.

Aquí terminamos estas breves reflexiones, que nos servirán de gran utilidad en lo sucesivo, en la valoración de las diversas etapas de la vida de Rancé, y en las controversias que con tanta frecuencia deberá afrontar.

Por el momento nos ha servido para iluminar este capítulo tan laborioso de su conversión. Él se hizo dócil discípulo, y, por un momento, en realidad bastante breve, le pareció bien seguir el camino que muchos de sus amigos, muchos personajes conocidos, habían hecho suyo en un momento de reflexión interior: el de Port-Royal.

La madre Louise escribía: “No debemos marchar por ningún motivo del lugar en que Dios nos ha colocado, a no ser que sea Él mismo quien nos mande salir; Él solo nos puede obligar a dejar el sitio que nos ha dado ... Aquellos a quienes Él ha favorecido con gracias particulares, a quienes ha conducido por caminos que no son comunes, no pueden, sin gran infidelidad, rechazar la mano que los ha sostenido en tantos tropiezos, y de la cual han recibido ayuda tan poderosa en los momentos más peligrosos de la propia vida¹⁹”.

Volvió, pues, enseguida a retirarse a Véretz, donde siguió con toda fidelidad los consejos de su padre espiritual, Monchy²⁰. Los momentos de duda fueron largos y dolorosos, porque largo y doloroso es librarse de todos los lazos que atan la propia alma. Rancé vivió hasta el fondo este tormento, con una generosidad sin límites, precisamente para poder conseguir “ser” todo de Dios, como había sido todo del mundo. Como un verdadero fanático de la verdad, de la lealtad, el hombre de honor que hemos conocido en otras circunstancias quiso liberarse hasta el último milímetro de su enojoso pasado. En cierto sentido, él había aceptado dejarse plagiar totalmente por un padre preocupado sólo de riquezas y gloria humana, hasta el punto de imponer a su hijo una vocación sagrada que él no tenía. Se había metido de lleno en ese enredo, y dejado embaucar totalmente por lo más frívolo, superficial y palaciego que la sociedad depravada de aquel tiempo podía ofrecerle. Ahora, herido en lo más profundo de su ser, se ofrecía plenamente a la purificación, para que Dios le pudiera así invadir y transformar. Perseveró en la vida de oración y soledad, y respondió de esta manera a quienes lo compadecían y lo azuzaban a volver a París: “... confieso que me quedo aquí sólo por el placer que aquí encuentro ... sería un hombre sin sentido común si dejara este lugar de reposo y de dulzura, para ir donde sé por experiencia que no hay ni reposo ni dulzura ... Vd. estará, sin duda, de acuerdo conmigo en que París no puede ser la residencia de un hombre de mi profesión, cuando quiere cumplir con sus deberes y vivir en la inocencia a la que, tanto Vd. como yo, estamos obligados²¹”.

De su primer año de retiro, recuerda con alegría la visita de algunos amigos suyos: Barillon, Caumartin, el duque de Luynes, y hace una breve alusión a la visita desagradable de madame

de Saint-Loup²², tan desagradable, que no quiso verla durante algunos años. Si las personas que consiguieron romper su soledad fueron poquísimas, la correspondencia, en cambio, fue muy nutrida, sobre todo con el padre Monchy, con Andilly y con Favier, todas personas que lo ayudaron a avanzar en los caminos del Señor.

En el retiro y en la oración, poco a poco sintió la exigencia de cumplir con un deber siempre descuidado, la visita de sus beneficios. Comenzó en la primavera de 1658, por la abadía de Beauvais. En esta ocasión, pasó rápidamente a Port-Royal; después visitó en Port-sur-Seine a su tía, la marquesa, viuda desde hacía poco. Se paró dos días en Blois, donde puso al corriente a Gascon de su intención de trasladarse por primera vez a la Trapa, la que visitó, de hecho, en junio siguiente. En septiembre nos informa sobre una visita suya a Saint-Clémentin, y en octubre estuvo de vuelta a Véretz.

La mayor parte del invierno, Rancé la pasó en soledad; en julio-agosto se dirigió a Châlons, a casa del obispo Vialart de Hersé.

Rancé recibió después la visita de mons. Gilbert de Choiseul, obispo de Comminges, quien le aconsejó que se pusiera en viaje para visitar a su santo vecino Nicolas Pavillon, obispo de Alet. En este momento confluyeron sobre Rancé consejos decisivos, y los frutos de sus dos años y medio de retiro parecía que estaban maduros.

NOTAS

¹ Corr., a Pierre Nicole, 25 de Enero de 1672, p. 431ss.

² Ib., III, a la Condesa de La Fayette, 22 de Noviembre de 1686, p. 404.

³ Dubois, II, c. I, p. 119-121.

⁴ Cherel, I, p. 62-63; cfr. Le Nain, I, c. II, p.9.

⁵ Cherel, II, c. I, p. 63.

⁶ Dethan G., *Gaston d'Orléans*, Paris 1959.

⁷ Cfr. Krailsheimer, c. IX, p.200.

⁸ Cherel, II, c. II, p. 68-69.

⁹ Casa fundada por los oratorianos en París, de la que fue gran benefactor Nicolas Pinette, amigo fraternal de Rancé.

¹⁰ Robert Arnauld d'Andilly (1588-1674), traductor de obras religiosas, entre ellas, *Las vidas de los Padres del desierto*. Profundamente ligado a Port-Royal, fue, sin embargo, menos fogoso de su hermano, el Gran Arnauld, y de sus hermanas Madre Angélique y Madre Agnés.

¹¹ Formulario de sujeción a la sede apostólica, ordenado por Alejandro VII. Al firmarlo, se rechazaba cualquier vínculo con el jansenismo.

¹² Cherel, II, c. II, p. 74.

¹³ Ver: Ricardo García Villoslada, Juan María Laboa, *Historia de la Iglesia Católica*, t. 4, Madrid 1997., y t. 3, Madrid 1999; H. Bremond, *La vie chrétienne sous l'ancien régime*, Paris 1932; Henri de Lubac, *Augustinisme et théologie moderne*, coll. "Théologie", 63, Aubier, Paris 1965.

¹⁴ Bernardino Llorca, Ricardo García Villoslada, Juan María Laboa, "Cansancio del mundo católico", en *Historia de la Iglesia católica*, Madrid 1998, p. 18-29; R. Mandrou, *La France au XVII^e s.*, Paris 1967.

¹⁵ J. Orcibal, *Le Cardinal de Brulle. Évolution d'une spiritualité*. Paris 1965.

¹⁶ A. Dodin, *Saint Vincent de Paul et la charité*, Paris 1960.

¹⁷ M. Le Brun, *Dictionnaire de Spiritualité*, vol. V, col. 917-953, Paris 1974.

¹⁸ Bernardino Llorca, "Movimientos heterodoxos y controversias teológicas", en *Historia ... católica* (ver nota 4), t 3, p. 1049-1058. Giacomo Martina, "El Jansenismo", en *La Iglesia, de Lutero a nuestros días*, 2, *Epoca del absolutismo*, tr. por Joaquín L. Ortega, Madrid 1974, p. 179-200.

¹⁹ Corr., I, para una religiosa, 1658, p. 82.

²⁰ El Padre De Monchy encontró a Rancé al lecho de muerte de Gaston d'Orléans y después fue su amigo espiritual.

²¹ Cherel, II, c. III, p.78-79.

²² Corr., I, para una religiosa, 1658, p. 84,